

El miedo como una determinante de la crisis actual de la humanidad

Discurso de recepción leído el 23 de mayo de 1951, por D. José Luis Fernández de Castillejo.

Sólo palabras de agradecimiento debiera pronunciar en este acto, quien como yo tampoco os traigo, a cambio de la inmerecida honra que me habeis dispensado, explicable exclusivamente señores Académicos si estimaís que la cosa realizada, es menos importante que el espíritu que la realiza; que la suma de conocimientos adquiridos, tiene menos valor que el amor al conocimiento mismo; y que ha de considerarse en más alto grado un solo acto bueno o brillante, que la bondad sostenida y uniforme; entonces y sólo entonces podrá, ya que no explicarse, al menos encontrar disculpa, por haberme traído a este sitio, que ocuparé no con jactancia, pues conozco la modestia de mi valía, pero sí con orgullo porque también conozco la Jerarquía moral que se alcanza al llamarse vuestro compañero; y con gratitud por que hombre de la calle, cansado ya del gigantesco pugilato de malicia que es el vivir de esta época, donde es mayor cada día la codicia de pecar y menor la vergüenza del pecado, siendo entre vosotros no la frialdad del laboratorio, sino la cálida tranquilidad que presta un remanso espiritual.

No se me oculta pues, mi difícil situación. Sin embargo no caeré en el tópico cortés pero insincero de hacerme el asombrado, yo sé perfectamente que soldado de línea, en las tropas de choque de la intelectualidad, he de cumplir la misión que me ha sido confiada, y y haré bastante si procedo con franqueza y diligencia, para realizar una de las más honrosas, pues como ha dicho Ortega Gasset «La calidad de la hora actual es tal, que sólo es digno de ella, quien quiera ser sincero». Por eso aún siendo esta ocasión tan solemne y comprometedora, no perderé el tiempo en solicitar benevolencia. Me hago la ilusión de pensar que previamente me ha sido otorgada.

Antes de abordar el tema, sean mis palabras también para las Señoras y Señores de saludo reverencial con un nada de impertinencia y un mucho de cortesía. Y las mejores galanuras de mi espí-

ritu para Córdoba ésta mi ciudad amada, hoy rendida y postrada ante el fatídico galopar de las pasiones que la inundaron cual mar encrespado, desde el cenobio de santos que corona su sierra hasta las callejuelas misteriosas junto a la Mezquita y los Alcázares, donde en el claro-oscuro de sus atardeceres, parece oírse el rumor de sangre de su historia, y el rimar de las negras mantillas con los blancos alquiceles; llegando hasta la campiña, donde todos los años bajo el sacerdocio del sol y en la paz de la besana, se celebran los fecundos desposorios de la semilla con la madre tierra; para alumbrar más tarde abundancias para unos, a la vez que miseria y sequedad de alma para los más.

Hay una ley de vocación intelectual, conocida de los psicoanalistas, en virtud de la cual cada uno se desinteresa de lo que a diario profesionalmente practica, y por el contrario curiosear, examina y ensaya lo que por falta de aptitudes o preparación no le incumbe. Suerte de infidelidad espiritual esta, que hace que quien no es poeta músico u orador, se interese por estudiar el secreto del estro, de la armonía o del verbo. Por que los que no somos músicos, ni poetas, ni oradores, nos sentimos impresionados vivamente ante quienes los son. Tal vez por eso, yo que no soy orador, ni filósofo, me siento prendido, captado, por el verbo brillante y cautivador y por el pensamiento razonado y profundo, del orador y filósofo que fue en vida el Muy Ilmo. Sr. Magistral D. Juan Eusebio Seco de Herrera y Martín-Moyano (que D. h.), a quien tengo el honor de suceder en el sillón Académico para que he sido designado.

Hoy, llevado de esa emoción, siento, no la obligación de su elogio, sino el impulso de estudiarle; que estudiar es la más humana forma de culto.

Nació el señor Seco de Herrera en Cabeza del Buey (Badajoz), el día 13 de Agosto de 1872, de padres honrados y cristianos. Joven de pocos años ingresó en el Seminario de San Pelagio, distinguiéndose por su aplicación, penetración y talento entre sus compañeros de estudio.

Ya Profesor, que lo fué muy joven, desempeñó diversas cátedras, principalmente Sagrada Escritura y Teología. Hizo oposiciones a canongías, primero en Jaén y después en esta Santa Iglesia Catedral a la de Magistral.

Pronunció entre otros muchos sermones de gran valor doctrinal, la oración fúnebre de León XIII y en ella a más de estudiar la egre-

gia personalidad de maravillosos relieves del insigne Pontífice, expuso sus admirables encíclicas para contraponer la doctrina en ellas contenidas, con las que circulaban en aquellos tiempos por el mundo. Fué tan admirable la oración pronunciada, que a petición de muchos fué publicada por el «Boletín Eclesiástico», donde yo la he leído, admirando no sólo el contenido de su ciencia, sino el orden lógico de su construcción, que cumple todos los requisitos que para estas piezas oratorias señalara el Maestro de Maestros en este difícil arte, el iliturgitano Obispo de Tuy D. Francisco Terrones del Caño en su «Instrucción de Predicadores».

También predicó otros maravillosos sermones, como el de las honras de Cervantes, que mereció calurosos elogios. La mayoría de sus sermones no se conservan, pero entre los que he podido leer, recuerdo el pronunciado con motivo de la Coronación de la Virgen de Guadalupe, que me ha impresionado fuertemente por la sencillez casi evangélica de su razonamiento, por la profundidad de sus conceptos, siendo tanta la elegancia de su lenguaje, que al leerlo nos recuerda la armónica y maciza construcción de nuestros clásicos Predicadores del Siglo de oro, como Cabrera, Fray Dionisio Vázquez, Peraza, Tomás de Villanueva, Paravicino, etc. Algunas veces superando a estos en ternura y entusiasmo, sobre todo al hablar de la Virgen cuando la describe en el momento supremo de la muerte de nuestro Redentor en bellísimos párrafos.

Aunque no fué propiamente periodista, escribió mucho en periódicos, sobre todo en el «Noticiero Cordobés».

Esta Academia lo trajo a su seno como Académico Numerario en sesión de 10 de noviembre de 1917 en sustitución de nuestro gran Julio Romero de Torres que por aquella época pasó a ser Académico correspondiente en Madrid.

Sin embargo en su vida se destaca por encima de todo su labor en el Monte de Piedad y Caja de Ahorros de esta ciudad fundado por el señor Medina y Corella. Cuando él se hizo cargo de la dirección del Monte, era éste una institución mediocre, con fines pobres y reducidos; y con él y por él tomó tal amplitud que llegó en sus manos a ser en Córdoba una institución bancaria de primer orden.

Cuando inició el señor Seco de Herrera su gestión, el Monte tenía un capital de unos dos millones de pesetas y a su fallecimiento tenía aproximadamente unos 34 millones. Y este incremento y ascensión, no lo realizó estrangulando al pobre, sino dándole la mano y

ayudando al que necesitaba. Recuérdese a este efecto los préstamos que inició sobre trigo a agricultores modestos.

Es de lamentar que no se haya cumplido el acuerdo capitular del Excmo. Ayuntamiento de colocar una lápida conmemorativa de su labor, en el edificio del Monte de Piedad, por el que tanto y tan desinteresadamente trabajó el fenecido Magistral; yo quisiera que mi voz fuese como un toque de atención y recuerdo, para que se salde en esa mínima parte la deuda de gratitud que la ciudad entera tiene contraída con su memoria.

El Miedo

Por miles de años le fué preciso al hombre temer para sobrevivir. Hoy día nuestra salvación es vencer al temor.

El miedo es un instinto biológico universal. Nunca puede ser dominado o suprimido, pero puede cambiar de forma.

Dice Algazel al hablar de la esperanza y del temor, que toda idea engendra por sí tres estados: emocional, cognoscitivo y activo.

El conocimiento produce como fruto la emoción y ésta engendra el acto; el estado emocional puede presentar fases variadas, pues es evidente que las ideas no son más que representaciones de cosas o de hechos, gratos o repulsivos, que afectan al sujeto y que pueden ser presentes, pasadas y futuras; las pasadas al venir a las mentes provocan en el ánimo recuerdo o remembranza, las presentes engendran en él una experiencia, sentimiento o percepción que en sí mismo se encuentra; las futuras, en fin, producen en el alma un estado de expectación y perspectiva que si se trata de cosas repulsivas, engendra un estado animico de dolor angustioso, que se llama miedo o temor, y si se trata de cosas amables y gratas engendra un deleite o complacencia serena, que se llama esperanza. Es evidente que el nombre de esperanza y el nombre de temor, no se emplean propiamente más que respecto de cosas dudosas, no respecto de aquello, grato o ingrato cuya realidad consta de cierto. Así por ejemplo nadie dice, que espera la salida del sol en el momento de su salida, ni que teme su ocaso en el instante de ponerse, ya que ambos hechos son para el sujeto ciertos y seguros. En cambio sí se dice, que uno espera que llueva o teme que no llueva.

Del mismo modo que la esperanza nos impulsa a obrar, el temor

es un estímulo de la acción del sujeto, si bien influye en la acción por el miedo al peligro, mientras que la esperanza lo hace por deseo de algo que le es grato.

Se ha dicho que el temor es una emoción de dolor, que quema el corazón ante la perspectiva de un suceso futuro que le repugna, por eso el que teme una cosa huye de ella.

El miedo es el azote con que Dios castiga a la humanidad relapsa en el cumplimiento de su Ley.

Puede pues definirse el temor como el más intelectual, el más frío de los sentimientos que inspira la representación de un peligro; él no es más, que la coloración afectiva del apercibimiento de una probabilidad desagradable.

El miedo al contrario del temor responde a una situación actual que sobrecoge al ser humano dentro del peligro mismo. Por tanto el miedo no implica forzosamente la angustia. Ante la sensación de miedo los hombres reaccionan de distintas maneras y en cierto modo conforme a su temperamento; desde aquel que encuadra de tal forma su emoción que ella no le impide organizar su defensa y de él se dice que tiene la sangre fría. Otros que reaccionan mal caen en un estado de desfallecimiento, que aumentando llega con la angustia a la paralización de la acción. Es preciso subrayar que nada es tan difícil como precisar científicamente y diferenciar los efectos somáticos del miedo y el abatimiento del dolor.

El miedo se diferencia del temor, porque el primero responde a una amenaza actual de un peligro presente a que el sujeto está sometido, mientras que el segundo se refiere siempre a un mal futuro más o menos próximo y casi siempre evitable con nuestra conducta.

El miedo puede originarse, o ser consecuencia de estados psíquicos del sujeto, que imaginando peligros o exorbitando los existentes en la realidad, queda sumergido en tal estado. Ese es el caso del miedo nocturno de los niños, que sienten pavor de personajes totalmente ilusorios, o de sucesos o cosas imaginativamente exorbitadas en la penumbra. Cuando el miedo adquiere comicidad o permanencia, por la perduración o vigencia de la amenaza de un daño inmediato, entonces se llama terror, que generalmente el más típico toma formas colectivas, por provenir y dirigirse de una clase social o fuerza estatal contra otra, viniendo a constituir lo que se llama en la Historia épocas de terror.

Hay otras formas principales de miedo, de espanto, de terror y

el observador así como el psicólogo, tienen a su disposición una serie de nombres accesorios que distingue cada una de sus variantes; así se dice que cuando los síntomas de horripilación tienen una causa exógena, ellos constituyen el horror, que es una forma que implica la repulsión pero no forzosamente el miedo; el miedo acompañado de algunas manifestaciones somáticas y de un impulso irresistible a la huida, es el pánico.

La angustia en cambio puede definirse como lo hace Soren Kierkegaard, diciendo que es una determinación del espíritu que ensueña y pertenece por tanto a la Psicología. En estado de vigilia es una contraposición entre mi yo y mi no-yo; en el sueño está suspendida, en el ensueño es una nada que acusa. La angustia es siempre ambigua. La realidad del espíritu se presenta siempre como una forma que incita su posibilidad; pero desaparece tan pronto como él echa mano de ella; es una nada que sólo angustiar puede. El miedo y demás estados análogos (temor, etc.) se refieren siempre a algo determinado, mientras que la angustia es, la realidad de la libertad como posibilidad antes de la posibilidad. Por eso no se encuentra ninguna angustia en el animal; justamente porque éste en su naturalidad, no está determinado como espíritu; y en el hombre si, porque él es una síntesis de lo psíquico y lo corpóreo, como un denominador común que es el espíritu.

Consideradas las distintas teorías sobre la angustia puede en ocasiones llegarse a la confusión entre aquel estado afectivo y el miedo. En ambos existe, detención del acto psíquico y temor de fracaso, con la huida correspondiente.

Conocemos el miedo instintivo estudiado por Otto Rank desde que el feto nace al mundo y manifiesta en la llamada reacción catastrófica, el miedo a una agresión del exterior. Conocemos también el miedo racional, o miedo ideativo reflexivo, sentimiento normal en el hombre. Pero el contenido vivencial del miedo es distinto al de la angustia. Hay en ambos sentimientos una contractación de nuestro yo, más el angustiado nada espera de este mundo y la acción está paralizada por la duda, o la apatía, o la indecisión. En cambio en el acobardado la conducta tiene una dirección activa, hacia la defensa o hacia la huida, colocando en un primer plano preeminente su salvación y, por tanto, su porvenir.

El estado emocional en su relación con el pensar y la conducta

Recordemos con el profesor de la Universidad de Marburg, Kretschmer, la clásica frase de que la afectividad es lo afectivo en la vida del hombre. Desde el punto de vista de la psicología asociacionista, el tono emocional no es de ningún modo una propiedad esencial de la sensación. Numerosas sensaciones de color y de ruido pasan por nosotros de un modo indiferente. Para que se produzca en la sensación una respuesta emotiva, es necesario que se encuentre relacionada con sensaciones o representaciones anteriores y que ésta alcance una intensidad determinada, y aún una cualidad específica. En virtud de este mecanismo el juego afectivo de las representaciones depende del tono sentimental de la sensación. Este proceso de irradiación afectiva amplía y ensancha de un modo extraordinario nuestra vida emocional, explicándose la influencia de los sentimientos sobre la asociación de ideas y los impulsos motores.

Según Bleuler, nuestra conducta está influenciada por el tono sentimental en dos aspectos: 1.º) En cuanto que éste aumenta el valor de la idea y su dirección lógica. De aquí que aquella idea considerada como más importante se impone a las demás y se impone a los actos. 2.º) En cuanto al estado afectivo actual, acelera y estimula las representaciones que se relacionan con aquél. De aquí que tengamos tendencia a percibir mejor los sucesos actuales, sentimentalmente acentuados.

El proceso de irradiación afectiva dando origen a la formación de complejos, que en los individuos que no saben desarrollar la llamada energía de represión, ocasiona estados obsesivos que están matizados por la angustia, como elemento desencadenante. Este es el perfil psicológico de los inseguros, de los descontentos de sí mismos, individuos, como dice Lange, eternamente incapaces de adoptar una decisión.

Th. Ribot en su obra «La psychologie des sentiments», estima que el considerar los estados emotivos asimilándolos a los intelectuales o tratar a los primeros como si fueran dependientes de los segundos, sólo puede conducir al error; hay que estudiarlos en conexión con sus condiciones biológicas y de considerarlos como la expresión directa e inmediata de la vida vegetativa. Desde este punto

de vista las emociones y sentimientos dejan de ser una manifestación superficial, una simple eflorescencia; penetran en las profundidades del individuo, tienen sus raíces en las necesidades y los instintos. Esta misma opinión fué sostenida por el psicólogo danés Lange, según el cual por no existir emociones incorpóreas, debe estudiarse primero los síntomas físicos de ellas. Así veremos que el sentimiento del miedo antes que nada produce en el sujeto que lo sufre, cambios en la circulación; los vasos sanguíneos se contraen, el corazón late con violencia, la respiración se hace más rápida y menos profunda. El sentimiento de miedo no precede a estas reacciones corporales, sino que las sucede; es la conciencia de estos estados fisiológicos tal como se producen y después de haberse producido. Si tratamos en una especie de experimento mental, de quitarle a la emoción todos sus síntomas corporales,—el latido del pulso, la horripilación de la piel, el temblor muscular, etc.—del miedo entonces no queda nada. Tenemos por tanto para explicarnos las emociones, que invertir el orden hasta ahora aceptado por el sentido común y por la psicología científica.

Hasta ahora hemos dicho: perdemos nuestra fortuna, nos apenamos y lloramos; nos encontramos con un oso, nos asustamos y huimos; nos insulta un adversario, nos enojamos y le pegamos. La realidad científica actual nos dice que este orden de secuencia es incorrecto; que un estado psíquico no es promovido de un modo inmediato por el otro; que las manifestaciones corporales deben quedar interpuestas entre ellos y que la afirmación más racional es que nos apenamos porque lloramos, nos enojamos porque pegamos, nos asustamos porque temblamos. Buena prueba de ello es que sin los estados corpóreos que siguen a la percepción, ésta tendría una forma puramente cognoscitiva, sería pálida, incolora, desprovista de calor emocional. Podríamos entonces ver al oso y juzgar que lo mejor es echar a correr; recibir el insulto y considerar que es propio pegar; pero no «sentiríamos» efectivamente el miedo o el enojo. De donde se deduce y hay que afirmar que el miedo como todo sentimiento biológicamente hablando, es un hecho mucho más general y primario por pertenecer a un estado anterior y más elemental que todos los estados mentales de conocimiento.

El miedo colectivo o social

Todo lo anteriormente dicho, es aceptado universalmente como enteramente válido para el individuo y debe ser también aceptado como verdad inconcusa en lo social, porque la oposición entre psicología individual y psicología social, que a primera vista puede parecernos muy profunda, veremos que no lo es tanto a poco que la sometamos a un detenido examen.

En la vida anímica individual, aparece integrado siempre de forma eficaz «el otro», ya sea como modelo, como objeto, como auxiliar o adversario y de este modo la psicología individual es al mismo tiempo social en un sentido amplio, sin que para demostrar ello sea preciso recurrir al examen de los *procesos narcisistas*, como lo hace Freud, o *autísticos* como los llama Bleuler.

Este problema de psicología colectiva fué estudiado y resuelto de forma magistral por Gustavo Le Bon en su obra «Psicología de las multitudes», mostrándonos el único camino para interpretar con acierto el hecho sorprendente y fenoménico, de que en especiales circunstancias una o varias personas de Psicología determinada al incorporarse a «una masa psicológica» o a un «sentimiento colectivo», piensen, sientan y obren de manera inesperada y hasta contradictoria con su conocida individualidad. De este los españoles todos, tenemos pruebas tan claras e incluso personales en los últimos años, que ello se nos presenta de una evidencia que hace innecesaria toda demostración.

Le Bon define la colectividad psicológica como un «ser provisional compuesto de elementos heterogéneos, unidos durante breve tiempo, exactamente como las células de un cuerpo vivo forman por su reunión un nuevo ser, que muestra caracteres muy diferentes de los que cada una de tales células posee».

Fácil es la comprobación de cuanto difiere el individuo integrado en una multitud, del individuo aislado. Lo que ya resulta más arduo es descubrir las causas de tal diferencia, de las cuales jamás a mi enteneder podrá hacerse un catálogo exhaustivo, pero sí una numeración de los principales.

Ante todo debemos recordar la observación realizada por la psicología moderna de que no sólo en la vida orgánica, sino también en el funcionamiento de la inteligencia, desempeñan los fenómenos

inconscientes un papel preponderante, y que nuestros actos conscientes se derivan de un «*substratum*», formado en su mayor parte por influencias hereditarias, integrando este «*substratum*» los innumerables residuos ancestrales que constituyen el alma de la raza. Detrás de las causas confesadas de nuestros actos, existen causas secretas ignoradas por todos. Por ello pudo decirse en nuestros días, que los incendiarios de hoy son los hijos de los inquisitoriados de ayer.

El número en la multitud, como dice el Padre Jesuita Laburu en su brillante obra «Psicología Médica», hace que el individuo integrado en ella adquiera un sentimiento de potencia invencible, merced al cual puede permitirse ceder a aquellos instintos que antes, como individuo aislado, hubiera refrenado forzosamente; abandonándose a ellos tanto más gustosamente cuanto que por ser la multitud anónima y en consecuencia irresponsable, desaparecerá para él el sentimiento de responsabilidad, poderoso y constante freno de los impulsos individuales; o en otros términos como asegura Freud, hay que afirmar que el individuo que entra a formar parte de una multitud, se sitúa en condiciones que le permiten suprimir las represiones de sus tendencias inconscientes.

Una segunda causa según Le Bon, es el contagio mental, mediante el cual llega el individuo incluso a sacrificar su interés personal al interés colectivo. Esta causa juntamente con la sugestibilidad, forma las principales del alma colectiva, en la que desaparece la personalidad consciente y predomina lo inconsciente, haciendo que el individuo integrado en ella descienda varios peldaños en la escala de la civilización.

Aislado era un individuo culto; en multitud es un instintivo... y por consiguiente un bárbaro. Adquiriendo la espontaneidad, la violencia, la ferocidad y también los entusiasmos y los heroismos de los seres primitivos.

De todo ello resulta que el alma colectiva o multitudinaria es, impulsiva, versátil e inconstante, dejándose guiar casi exclusivamente por lo inconsciente, siendo extremadamente crédula, pues carece de sentido crítico y lo inverosímil no existe para ella. De este modo no conoce dudas, ni incertidumbres y la sospecha se transforma «ipso facto» en indiscutible evidencia; por lo que pasa con tanta facilidad desde el entusiasmo heroico, al miedo en cobarde huida.

Esta naturaleza del alma colectiva es la que ha hecho, que aún

conociendo el hombre individualmente desde hace siglos, que lográramos hacer de este mundo un lugar bastante agradable, si pudiéramos colectivamente en el empeño alma y corazón, no lo hayamos logrado. Y desde el principio ha quedado escrito año tras año, la historia del fracaso continuo de la Humanidad.

La culpa no puede achacársele al planeta que habitamos, esta tierra en la cual hay campos, y agua, y sol, y fertilidad.

Este mundo podemos decir con frase de Ernest Haytcox, nada de malo tiene salvo sus moradores. Pero el empeño de mejorar moralmente al hombre, no ha contado nunca con las energías y los entusiasmos que hemos aplicado a la investigación científica. Hace apenas cuatrocientos años carecíamos virtualmente de esto que ahora llamamos ciencia. De entonces acá, los adelantos han sido tales, y tan grande el ensanche de nuestros conocimientos, que hoy medimos la temperatura del sol y sabemos disgregar el átomo. Más ¿hasta donde ha progresado, en estos mismos cuatrocientos años el turbulento corazón humano? En tiempos de Isabel de Inglaterra y de Felipe II, la intriga política y el poderío militar eran la base de las relaciones internacionales, igual ocurre hoy. El comercio exterior estaba al igual que en la actualidad basado en la guerra económica. El poderío individual se fundamentaba, como en nuestros días, en la riqueza acumulada.

Cuatrocientos años ha, el hombre miraba en torno de sí, y sentía que le rodeaba la inseguridad; pensaba en lo porvenir, y no veía mayor esperanza de seguridad para sus hijos. Pensad, señoras y señores, en cual es la seguridad que ofrece el presente para el futuro de los nuestros? y vereis que este siglo de los antibióticos, de la velocidad, de los grandes hospitales, de las magníficas bibliotecas públicas, es así mismo el siglo que ha inventado el modo de aniquilar millones de hombres con la explosión de una sola bomba. La consecuencia de ello es el estado de ánimo del mundo, el recelo y el temor de unas naciones a otras y el miedo de los individuos, de tal modo que a impulso de este miedo que fabricó esa bomba la haga ahora estallar.

En definitiva el miedo se puede afirmar que en su aspecto colectivo o social, ha de buscarse su causa o raíz en los fracasos del Estado y de sus Jefes o dirigentes, que al planear una Sociedad más feliz, sólo se han preocupado del mejoramiento técnico como base de un bienestar material, olvidando el perfeccionamiento de la con-

textura moral del hombre, de tal modo que en los actuales tiempos, el delito en su aspecto económico, ha dejado de ser un baldón para ser un triunfo o en el peor de los casos un desafortunado accidente; y que en Sociedad tratamos todos, cual si fueran caballeros e incluso con admirativo respeto, a aquellos infrahumanos que al socaire de la general calamidad que nos aflige, no hallaron escrúpulos para improvisar cuantiosas fortunas. Esto es lo que viene ocurriendo y ocurrirá en cualquier parte del mundo bajo cualquier sistema, mientras tenga validez la ironía sarcástica de Horacio «Virtus post nummos» (La virtud después del dinero) y sobre todo mientras éste sirva de principal medida de estimación; porque así la Sociedad llena de flores la senda de la corrupción.

Pero podríamos preguntarnos ¿por qué ejerce el miedo imperio tan tiránico y terrible sobre nosotros? y al investigar las causas de ello surge indefectiblemente lo inconsciente que como hemos dicho, es el elemento diferencial y característico en el alma colectiva, que junto con el instinto gregario del hombre, hace que salga a flor de actos y decisiones los residuos ancestrales del alma de la raza. Recordemos que al hombre de los tiempos prehistóricos le era indispensable temer para sobrevivir. Debía recelar del extraño que surgía de entre la espesura; de las bestias feroces cuyas garras o cuyos colmillos estaban prontos a incársele en el cuerpo y a destruirlo; de las plantas cuyos desconocidos frutos podían llevar a sus entrañas mortal veneno. Para ese hombre, la existencia sólo era incesante y áspera lucha, teniendo que ver una amenaza en cuanto alentara en torno suyo; su vivir no le consentía ser generoso ni confiado, sopena de exponerse a la muerte. Alerta siempre, cerrado y pronto a golpear con el puño, así era su posición frente al mundo.

Siglos de lucha arraigaron en su ser tan profundamente la desconfianza y el miedo, que dichos estados anímicos nos parecen hoy connaturales e inseparables de la condición humana. Sólo pasando miles de años y después de incontables guerras, matanzas y hambres, llegó el hombre primitivo a persuadirse, que le convenía confiarse en el jefe de la familia que habitaba al otro lado del cerro o del río; dando ello lugar al nacimiento de la tribu. Y hubo de transcurrir mucho tiempo más para que se pasara de la tribu a una agrupación superior y más fuerte, pues a cada intento de adelantar, oponíase el miedo; el miedo que obligaba a retardar el paso, e incluso a no darlo; a contentarse con lo existente, porque era lo conocido y

lo seguro,—lo tradicional que decimos ahora—a rehuir lo nuevo, que por ser desconocido entrañaba peligro. De igual forma procedemos los hombres en la actualidad.

Y sin embargo, en todo ese transcurso de miles de años, hubo en los confines del pensamiento humano una luz—la luz de lo consciente, lo que nos dignifica y nos lleva hacia Dios,—luz que se encendía y vacilaba y se extinguía pero que volvía a encenderse. Porque aún en aquellos días en que el hombre, agazapado en su guarida de la selva, se estremecía sobresaltado, al menor ruido extraño; aún en los días en que su voz, más que palabra era gruñido, y su existencia luchar y matar; ya en las épocas en que indiferente el hombre a toda idea de cambio, dejaba pasar los días, los meses y los años infructuosos e iguales, como en las otras en que avanzaba temeroso siempre de lo desconocido, llevaba consigo una compañera invitándola a lanzar el pensamiento más allá del horizonte del mundo que vivía, haciéndole entrever ideales lontananzas de un mundo mejor. Esa compañera fué siempre su propia imaginación.

El endurecimiento en la fatiga y las penalidades, el valor en la lucha; la astucia que triunfa de los peligros y sobre todo el miedo que lleva a precaverlos, son las cualidades a que debió el hombre de remotas épocas, el sobrevivir a los afanes de cada día, para poder de esta suerte, guiado por la imaginación, forjar un mundo mejor al que encontró al despertar a la vida.

Reflexionemos como el hombre moderno heredero de esas cualidades y de esa imaginación, se siente llamado por ella a ejecutar lo que reclama el mañana y cohibido por el miedo; ese heredado miedo que nos advierte lo peligroso de aventurarnos en regiones inexploradas. Y es que la Sociedad moderna aplicó toda su voluntad al adelanto de las ciencias y de la técnica haciendo que éstas se desarrollaran desproporcionadamente al progreso del propio ser moral surgiendo, como consecuencia el desequilibrio, entre el conocimiento científico y la conducta del hombre contemporáneo, atrasada cientos de años, respecto de aquél, de tal modo que el mismo miedo que hizo a la tribu de ayer, armarse contra la tribu que consideró su enemiga; hará también que la tribu de ahora proceda en idéntica forma.

Por eso es cierto como afirma el Profesor Conde que la situación actual del hombre y principalmente del europeo, se distingue de todas las anteriores por la conciencia que tiene de su fracaso radi-

cal e irremediable. Esta conciencia de fracaso nace del miedo que acomete al hombre en este mundo moderno, perdido el horizonte cristiano de la esperanza; y el miedo sin esperanza equivale al terror, a ese terror contemporáneo, terror omnicircundante, planeado y anónimo del Estado total y de la sociedad total.

El miedo y la actual crisis

En tiempos remotos, el miedo fué útil al hombre; le hizo aperibirse contra los peligros y guardarse de las asechanzas en que hubiera perecido. Pero en los actuales tiempos el miedo puede ser el causante de la ruina de la humanidad. Lo que necesita el hombre de nuestro tiempo, no es ir armado de desconfianza y de recelo. Lo que le salvará, no ha de ser sospechar de todo hombre extraño y de toda idea nueva, porque como dijo nuestro gran Séneca en sus cartas a Lucilio «avanza un poco y comprenderás que algunas cosas son menos de temer por lo mismo que hacen mucho miedo». La salvación estriba en hacer frente a lo desconocido; en marchar con ánimo resuelto hacia lo venidero, y pensando que la virtud es capaz de hacer ahora, lo que antes hizo el miedo excesivo. Por eso ha dicho Platón que el único camino de la libertad que le queda al hombre, es, el de expulsar de su mente el temor.

El hombre actual tiene en vez de aceptar su destino que crearlo, ya que edificar nuestra vida moral y política sobre la tradición es lo mismo que edificar sobre arenas movedizas, y quien confíe en la simple fuerza de la tradición, quien actúe solamente por práctica y rutina, procede como dice Platón en su «Fedro» como un ciego que sigue su camino a tientas. Pero todo ello sin olvidar que para reformar la vida ética de los hombres, debemos empezar por reformar su encuadramiento social o estatal, es decir que ahora el problema esencial de la humanidad es encontrar el verdadero orden político que, como ha dicho Ortega Gasset, no es una presión que se ejerce desde fuera sino un equilibrio que se suscita desde el interior, y sólo hay una alternativa; tenemos que elegir entre una concepción ética y una concepción mítica del Estado, pero teniendo siempre presente, que las constituciones escritas o los estatutos legales, no tienen verdadera fuerza de vinculación si no están esculpidos en las mentes de los hombres. Sin este apoyo moral, la fuerza de un Estado por muy

totalitario, soviético o policiaco que sea, se convierte en su mismo e inherente peligro.

Sólo debemos contemplar el pasado para preparar un futuro mejor, pues el estudio de la Historia es necesario para proyectar un nuevo orden social y político, pero no es un fin en sí mismo. La Historia puede enseñarnos muchas cosas, pero tan sólo aquellas que ya fueron y no las que debieron ser; sin que por ello debamos pensar como Carlyle que la Historia es tan solo una galería de arte. Cada época tiene su afán ético, social y jurídico, ésta en que vivimos es la visión ancha y la meta ignota del futuro la única que debe preocupar al hombre actual, ante el trastorno profundo y acerbo que sacude los Estados, los pueblos y las civilizaciones, el ideario y la economía de las gentes; pero para hablar de tal problema que es el de la misma vida y por lo tanto parte de nuestra conciencia, hay que hacerlo careándose con ella, que equivale como el prosternarse ante Dios, a realizar ese acto transcendente, para el que las gentes de ahora empiezan a perder aptitud; acto inexcusable para marchar con dignidad humana por la vida, que se llama examen de conciencia. Y es ahora tal actitud más necesaria que nunca, por imprescindible necesidad moral; porque caracteriza a las fases como en la actual que la Humanidad cambia de rumbo, la pérdida de aquellos puntos de referencia éticos, que en las épocas ordinarias nos sirvan para orientar nuestra conducta.

En los tiempos de paz, ya tan lejanos, hay unas normas sociales que nos marcan, aproximadamente, cual es el camino recto y cual es el sendero vedado y torcido, pero al llegar las horas de crisis, esa sanción que nos viene de fuera se mixtifica y debilita y acaba por desaparecer. Cuando hoy contemplamos el panorama del Mundo, no nos afligen los atropellos y las injusticias que el Poder, en ciertos países, perpetra sobre hombres indefensos, a veces por la simple sin razón de pertenecer a una ideología o credo distinto del oficial. A la postre sabemos que el tanto por ciento de sentido arbitrario y de crueldad, de que se compone la naturaleza humana es todavía lo suficientemente grande, para no poder esperar una rectitud estricta en sus acciones. Mas las que nos acongoja y desconsuela es ver que esos atropellos y esas injusticias del fuerte contra el débil, se ejecutan en un vacío de sanción por parte del resto de la humanidad. Y digo esto no con pesimismo sino con amargura, que la amargura es hermana, en los hombres fuertes, de la esperanza.

Precisamente en estos momentos en que la humanidad, con temor y con angustia, espera un futuro incierto lleno de inquietud es cuando el hombre que merezca el nombre de tal, debe intensificar la vuelta a su conciencia y buscar en ella, con ahinco escrupuloso, la directriz que el ambiente amoralizado no le da. El hombre actual le queda la posibilidad de meterse en sí mismo, convertirse, tomar su vida en su propia mano para inscribirse resueltamente allende el terror, en el horizonte de la esperanza.

Y nuestra conciencia para que no sea pura farsa debe ser antes que nada despreocupación de uno mismo. Por paradójico que parezca, cuando buscamos nuestro propio yo, a nuestro íntimo y profundo yo, tenemos que prescindir de él y no ver más que esos planos impersonales del ambiente, en los que se mueve nuestro ser como los astros en el éter, y donde está diluída nuestra personalidad eficaz. En el hondo cristal de nuestra conciencia, como en el agua lejana de un pozo, no hemos de buscar para encontrarlo, el reflejo de nuestra propia persona, inclinada ansiosamente sobre el borde; sino el cielo azul o anubarrado detrás del cual están los valores eternos, los deberes para con la Sociedad,—es decir la Patria,—y los deberes para con nuestro destino suprahumano,—es decir Dios—.

Y este examen de conciencia en el gran espejo del ambiente, nos enseña que el nacimiento del totalitarismo y los Estados Policiacos y soviéticos que pudiéramos definir, en el plano psicológico como lo hace Erich Fromm, diciendo que son la expresión política *del miedo a la libertad*, no constituyen un fenómeno accidental de un momento o de un país determinado, sino que es la manifestación de una crisis profunda que abarca los cimientos mismos de nuestra civilización. Esta crisis es el resultado de contradicciones que amenazan destruir no solamente la cultura occidental, sino al hombre mismo. Eliminar el peligro del totalitarismo, del sovietismo y el concepto policiaco en los Estados, significa fundamentalmente suprimir aquellas contradicciones en su doble aspecto, estructural y psicológico. Para limitarnos al aspecto psicológico que es el que nos interesa aquí, hemos de recordar que el hombre tal como es, ha llegado a emerger, tras largo proceso de *individuación*, iniciado desde fines de la Edad Media, como entidad separada y autónoma; pero esta nueva situación y ciertas características de la edad contemporánea lo han colocado en un profundo aislamiento y soledad moral.

A menos que el ser humano logre establecer una vinculación

con el Mundo y la Sociedad, que se funde sobre la reciprocidad y la plena expansión de su propio yo, el hombre contemporáneo está llamado a refugiarse en alguna forma de evasión de la libertad. Tal evasión se manifiesta por un lado, por la creciente estandarización de los individuos, la paulatina sustitución del yo auténtico, por el conjunto de funciones sociales adscritas al individuo; por el otro, se expresa con la propensión a la entrega y al sometimiento voluntario de la propia individualidad a los Jefes o líderes, en definitiva a autoridades omnipotentes que la anulan.

El miedo y la crisis actual en el pensamiento de los intelectuales

Quizás esta angustia, temor y miedo colectivo, en que se debate el hombre moderno sin vislumbrar una posible solución y cuando cree agotados todos los saberes de salvación, que le ofreció la cultura europea u occidental; quizás digo, sean la causa de que incluso escritores católicos, como el Profesor español Julián Marias, haya sostenido nada menos que en la Semana de Intelectuales Católicos de París, la atrevida afirmación de que el Cristianismo está muerto socialmente, ampliando a este respecto cuanto anteriormente expuso en su obra «Introducción a la Filosofía». Esta tesis es algo más profundo y preocupante, que la actual tesis de los predicadores de penitencia, cuando también afirman la descristianización del Mundo actual, ya que éstos al hablar de «paganía» en las costumbres, de quiebra del espíritu cristiano, etc., parten frente al pecado, de una exigencia moral y sobre todo de una vigencia del orden cristiano.

Por el contrario Julián Marias ha dicho o sostenido, que en nuestro Mundo actual, no existen ya vigencias sociales cristianas, lo que significa que el Cristianismo, si bien subsiste en algunos individuos, ha dejado de ser ya un modo moral de vida social para los más. Así dice en su referida obra: «Grandes masas de hombres, viven «de facto» al margen del Cristianismo y de toda Religión positiva; gentes que intentan vivir desde otros supuestos, en cuyo horizonte vital no aparecen la idea de Dios, ni la escatología; que reducen ese horizonte al de su existencia terrena». Y en apoyo de su afirmación señala el ejemplo de las novelas y la literatura actuales donde, en la inmensa mayoría, la Religión no aparece en la trama de la vida

de sus personajes; en algunas—en muchas españolas—hay alusiones a la Religión explícitas y demasiado «*voluntarias*», con frecuencia inconexas con la sustancia del relato; y por último, en un escaso número—claro es que se refiere a la literatura extranjera—, se narran vidas, tejidas con un hilo esencial de Religión.

Concluye el citado Profesor haciendo en esta faceta del problema de la crisis actual, una clasificación de cinco tipos: 1.º) Grandes masas que viven «de facto» al margen del Cristianismo y de toda Religión positiva; 2.º) Grupos anti-cristianos; 3.º) Muchedumbres cristianas de fe muerta e inerte; 4.º) Cristianos «profesionales»; y 5.º) Una minoría, cuyo número es bastante crecido de individuos con fe viva y creencia religiosa actuante.

No compartimos y sí rechazamos la tesis de Julián Marias sobre «la muerte o no vigencia social del Cristianismo»; porque estimamos que la dualidad entrañada en este problema, ha de ser resuelta por cada uno mirando hacia su vida propia y hacia la de los demás, para saber en qué medida hay presencias cristianas; cual es o ha sido su conducta, para con sus padres, parientes, prójimos, amigos y enemigos; o sea como es su vida moral; qué parte de pecados y de virtudes hay en ella. Pero aún rechazando esta tesis, tenemos que afirmar que ella misma es una secuela más de la gran crisis de todo orden, en que se debate el hombre moderno, azotado por el miedo y paralizado por la falta de esperanza.

Pero nada tan significativo y definidor de este aspecto de la crisis actual en el pensamiento de la nueva intelectualidad, como ciertos aspectos de la filosofía existencialista, la llamada «filosofía de la náusea». Podeis creer que no es mero accidente, que entre los «ismos» de la actualidad predomine este movimiento que ha realizado la dudosa hazaña, de transformar una corriente filosófica, en una moda. Es indudablemente una expresión sintomática de la época actual y de forma especial de la crisis de la personalidad.

Nos limitaremos a recordar su dicotomía entre los dos tipos de existencia: la «*vanal*» y la «*auténtica*» que tanto Heidegger y otros existencialistas sostienen de la vida, o mejor dicho de la descripción fenomenológica del vivir cotidiano; según ellos, la primera, o sea la vanal, no es más que un naufragio de la personalidad en la existencia impersonal, que huye de si misma, y que pierde en la conducta socialmente prescrita toda su autenticidad. En cambio la existencia «*auténtica*» que propugnan, no es nada más que el abandono de la

vida social, que estiman insalvablemente perdida, en la uniformidad y automatismo, y para ello pretenden eliminar la sistemática supresión de la espontaneidad, que ahoga el yo auténtico bajo el yo social y transforma al ser viviente en un manojo de funciones.

Como veis la interpretación existencialista descubre aquí una característica de ciertos sectores de nuestra sociedad: la visión pesimista y la disposición a abandonar toda acción sobre el terreno social, para refugiarse en soluciones puramente individuales, que es en definitiva una actitud peculiar, de las clases en decadencia.

El contraste entre estas dos visiones representa de manera dramática la alternativa que se ofrece a las generaciones actuales. O bien desarrollar aún más aquellos principios en que se basa la cultura moderna, destruyendo los restos feudales que impiden su florecimiento pleno, o bien volver a la antigua esclavitud en una u otra forma, que es en definitiva volver a alguna especie de «*libertad para la muerte*» la única positiva que los regímenes totalitarios y soviéticos dejan a los individuos.

Según yo creo, la crisis actual no es la expresión del destino inevitable de la especie humana; por el contrario, es una crisis de crecimiento, es el resultado de la progresiva liberación de sus inmensas potencialidades materiales y psíquicas; el hombre se halla en el umbral de un Mundo nuevo, lleno de infinitas e imprevisibles posibilidades, los dolores actuales de la Humanidad no son los de la agonía de un Mundo, sino los del parto de una nueva Era, que como tal no se realiza en la naturaleza de forma suave y sin riesgo, sino bordeando una catástrofe total. Según su capacidad de comprender y de dirigir los procesos sociales que se desarrollan a su alrededor, tendrá el hombre o no, la decisión en sus manos.

Fara mí la solución está en pasar de la libertad negativa a la positiva, es decir de «*libertad de*» que es la conquista y el fracaso del siglo XIX, a la «*libertad para*» que es la del futuro; pero reconociendo siempre que un ser libre o independiente no es necesariamente un ser incausado, sino tan sólo un ser dueño de si mismo, porque como dice Jacques Maritain, «en el vértice del ser, Dios o la causa es la personalidad y la libertad en acto puro, siendo de tal manera personal, que su existencia es un acto mismo de conocer y amar; y de tal manera libre que causando todas las cosas, en si mismo es absolutamente incausado». Él es la verdad y desde el principio al fin, es la verdad la que libera.

Libertad negativa

El hombre emerge del estado pre-humano al dar los primeros pasos que deberán libertarlo de los instintos coercitivos. La existencia humana empieza en el declinar de la animalidad, o sea cuando el grado de fijación instintiva de la conducta es inferior a cierto límite; cuando la adaptación a la naturaleza deja de tener carácter coercitivo, cuando la manera de obrar ya no es fijada por mecanismos hereditarios o exteriores. En otras palabras el hombre empieza a ser hombre, cuando comienza a ser libre.

Una imagen impresionante y significativa de la relación fundamental entre el hombre y la libertad, le ofrece el relato bíblico de la expulsión del hombre del Paraíso. Allí comienza la Historia humana con un acto de elección, pero el relato acentúa el carácter pecaminoso de este primer acto libre y el sufrimiento que éste origina. Hombre y mujer viven en el Paraíso en completa armonía entre si y la naturaleza; hay paz y no existe necesidad de trabajar, tampoco la de elegir alternativas; no hay libertad, ni pensamiento.

Le está prohibido comer del árbol de la ciencia del bien y del mal. Pero obran contra la orden divina, rompen y superan el estado de armonía con la naturaleza de que forman parte sin trascenderla. Desde el punto de vista religioso este hecho constituye fundamentalmente un pecado, el pecado por excelencia, y sin embargo al obrar contra el mandato, el hombre empieza o entiende que se libera de la coacción del mismo. Con su acto el hombre ha roto la armonía de la naturaleza trascendiéndola, saliendo de la vida aquella al actual nivel humano; pero al trascender la naturaleza el hombre se halla desnudo y avergonzado. Está solo y libre, pero lleno de miedo e impotente. La libertad recién conquistada aparece como una maldición; se *ha libertado* de los dulces lazos del Paraíso, pero *no es libre* para gobernarse a si mismo, porque está sujeto por el pecado para realizar su individualidad. Por eso se ha dicho que este acto de desobediencia, como acto de libertad, es el primer acto humano que da lugar a la guerra entre la naturaleza y el hombre, en un largo proceso de individuación, en el que cada paso hacia un grado mayor, entraña para los hombres una amenaza de inseguridad.

Una vez cortados los vínculos primarios, ya no es posible volverlos a unir; una vez perdido el Paraíso, el hombre no puede volver

a él, aunque si reconciliarse con Dios. De todo lo anterior proviene el aspecto de la libertad moderna, en cuanto significa aislamiento y sentimiento de impotencia, que aumentó, en el transcurso de la Historia con el Luteranismo y la Reforma, al suprimir la Iglesia, que al explicar el sufrimiento y el dolor como consecuencia del pecado original, si bien fomentaba un sentimiento de culpabilidad, también aseguraba al individuo, el amor incondicional a todos sus hijos, y la manera de conseguir el perdón y el amor de Dios, haciendo que la relación del hombre, a través de la Iglesia, con Dios, fuese más llena de confianza y dulzura, que de miedo y duda; por ello al suprimir Calvino y Lutero la Iglesia, dejaron al insignificante e impotente hombre, solo ante la grandeza e infinito poderío de Dios, como aplastado y hundido en el temor y en la angustia.

La Reforma libera al hombre de una fuerza y un sentimiento coercitivo, pero al mismo tiempo aumenta su inseguridad, ya que deja al hombre solo en un mundo hostil y en atmósfera psicológica completamente nueva, que junto con el desarrollo económico del Renacimiento hace que vaya penetrando en la vida un sentimiento de desasosiego. Es altamente significativo que a fines de la Edad Media comience a desarrollarse el concepto del tiempo en sentido moderno; los minutos empezaron a tener valor, siendo un síntoma de este nuevo sentido del tiempo, el hecho de que en Nuremberg las campanas empezaron a tocar los cuartos de hora a partir del siglo XVI. El trabajo se transformó cada vez más en el valor supremo y el Mundo medieval limitado y egocéntrico, empieza a transformarse en el Mundo de ahora ilimitado y al mismo tiempo amenazador, donde el hombre ha perdido su lugar fijo, a la vez que las respuestas que le daban antes significado a su vida.

Libertad positiva

¿Cual es entonces el sentido de la libertad para el hombre moderno? La humanidad se ha liberado al conquistar la libertad negativa, en casi todos los países de los vínculos exteriores, que le hubieran impedido obrar y pensar de acuerdo con lo que había considerado adecuado. Ahora sería libre de obrar según su propia voluntad, si supiera lo que quiere, lo que piensa y lo que siente. Pero no lo sabe. A pesar de su disfraz de optimismo e iniciativa, el hombre

moderno está abrumado por un profundo sentimiento de impotencia, que le hace mirar fijamente y como paralizado las catástrofes que se le avecinan.

Considerada superficialmente la gente, sobre todo las clases acomodadas, parecen llevar bien su vida económica y social; sin embargo nada más engañoso y grave, que no percatarse de la infelicidad profundamente arraigada que se oculta detrás del disfraz de bienestar,—por eso MacLeish y su escuela han hablado «del vulgar Mundo moderno, con su aburrimiento burgués, sus tardes de domingo sin esperanza, y su desesperación de bancos de parque»—; y es que si la vida pierde su sentido, porque no es vivida, sino tan sólo sufrida, el hombre llega a la desesperación. Nadie está dispuesto a dejarse morir por inanición psíquica, como nadie morirá calladamente por inanición física. Si no alcanzamos a ver el sufrimiento inconsciente de millones de hombres automatizados, entonces demostraremos ser incapaces de darnos cuenta del peligro que amenaza a nuestra civilización desde su base humana.

La desesperación del autómatas humano, es un suelo fértil para los propósitos del totalitarismo soviético o nó, y de ahí nace la disposición de las actuales gentes a aceptar cualquier ideología o cualquier «líder», que prometan una excitación emocional y una estructura política que aparentemente dé significado y orden a la vida del individuo.

Hemos visto que el individuo no puede soportar el aislamiento; como ser aislado, se halla extremadamente desamparado en comparación con el mundo exterior, que por lo tanto le inspira un miedo profundo. De modo que la libertad negativa conduce necesariamente a la esterilización por paralización o sea al anarquismo; o el hombre al tratar de esquivar esa libertad, que por el miedo se le convierte en una carga, pone en funcionamiento sus mecanismos psíquicos de evasión, que podrán separarlo de la libertad, pero no le devolverán la seguridad perdida. Es decir la libertad negativa, al constituirse en carga por si sola conduce necesariamente a nuevas cadenas, como el totalitarismo, de igual manera que el liberalismo manchesteriano de «dejar hacer, dejar pasar» conduce necesariamente y en última consecuencia al anarquismo destructor y estéril.

De todo lo anterior surge la interrogación de si la libertad negativa, o «libertad de» los vínculos primarios, arroja al individuo en tal soledad y aislamiento que inevitablemente le obliga a caer en

nuevos y peores vínculos; o en otros términos, independencia y libertad son inseparables de aislamiento y miedo? o existe por el contrario un estado de *libertad positiva* en el que el individuo viva como un yo independiente, sin hallarse aislado sino unido al mundo, a los demás hombres, a la naturaleza?

Yo creo sinceramente que el proceso del desarrollo de la libertad, no constituye un círculo vicioso, y que el hombre puede ser libre sin hallarse solo; ser crítico, sin henchirse de dudas hasta vaciar su existencia; ser independiente, sin dejar de formar parte integrante de la humanidad.

Nuestro gran Unamuno dijo que la libertad positiva es la consciencia de la Ley, la Ley misma internada; pero la Ley es en su esencia social, por tanto la libertad como el liberalismo moderno tiene que ser socialista; pero entenderlo bien, yo no hablo de ese socialismo puramente económico, el del materialismo histórico, no. Porque no se trata de cuestión de estómago, sino de hombre entero; no de reparto de riqueza sino de cultura. Podrá ser que en la base de los fenómenos sociales esté el problema económico, el del estómago, pero en la cúspide está el religioso el del espíritu. Y lo religioso es la envolvente de la vida social toda y por ello debe empezarse.

Hay que entender por libertad la ausencia de coacción y la existencia de aquellas condiciones sociales mínimas que en la civilización moderna, son las garantías necesarias para el desenvolvimiento del yo individual. Es evidente que a los hombres como decía Rousseau no se les puede obligar a que sean libres; pero tampoco es cierto como arguye Hegel que se alcance la libertad mediante la obediencia a la Ley. El hombre es libre cuando los preceptos legales bajo los cuales vive, le permiten actuar sin sentido de frustración en aquellos dominios que considera significativos. Es decir que la libertad exige siempre la limitación de la autoridad, por ello puede sostenerse que donde exista un grupo de hombres con un poder ilimitado, sus gobernados no pueden ser libres; por que una de las conclusiones más indubitables de la investigación histórica es la que nos enseña que el poder incontrolado, inevitablemente envenena a quienes lo detentan; quienes concluyen en el mejor de los casos por considerar que el bienestar de la comunidad depende de la continuidad de su predominio, y de la imposición de su concepto particular del bien, sobre los demás. En ello estriba la razón por la cual Pericles insistía, en que el secreto de la libertad reside en el coraje.

Pero como he dicho anteriormente al hacer de la libertad ausencia de coacción, establecemos una condición puramente negativa, o sea una fase limitada o incompleta de ella. La tarea del hombre moderno consiste en asegurar un equilibrio armónico entre la libertad que necesitamos y la autoridad que es esencial, a fin de dotar al hombre común de la perfecta convicción, de que posee espacio suficiente para la continua expresión de su personalidad. Puede haber ausencia de coacción en la esfera de la economía, por ejemplo, en el sentido de que un hombre tendrá libertad para seguir cualquier vocación que desee escoger. Sin embargo si este hombre se ve privado de toda seguridad en su empleo, será presa de una servidumbre física y mental, incompatible con la libertad. No obstante seguridad económica no es libertad, si bien es una condición sin la cual la libertad nunca será efectiva. Los que conocen la vida habitual del pobre, su miedo perpétuo del mañana, su angustiosa noción de las amenazas del desastre, su vacilante búsqueda de una belleza que perpétuamente lo elude, comprenderán perfectamente que sin la garantía de la seguridad económica, no vale la pena de poseer la libertad.

Vivimos, además en un vasto Mundo a través del cual hemos de abrírnos camino a nuestro propio riesgo. Por tanto bajo estas condiciones no puede haber libertad digna de ese nombre a menos que nuestra inteligencia esté educada para usar de la libertad. De otro modo, no podemos hacer explícita nuestra experiencia de la vida, y referir las necesidades y exigencias que hemos extraído de esa experiencia al centro de la decisión política. El derecho del hombre moderno a la educación, se ha tornado fundamental para su libertad, desde el momento en que el dominio de la Naturaleza por la ciencia transformó las fuentes del poder. Privado a un hombre de instrucción y de los medios de obtener mayor cultura, e inevitablemente lo convertireis en esclavo de los que son más afortunados que él. Pero la privación de educación no es una negación de libertad; es tan solo una denegación de la facultad de usar de la libertad para fines elevados. Un hombre ignorante puede ser libre a pesar de su ignorancia, pero en la mayoría de los casos la ignorancia nos lleva al error, y este es el mayor enemigo de la libertad, porque nadie puede determinarse con libertad, sin conocimiento. Claro es que la educación compulsiva de la mente es siempre compulsión; pero ello significará tan sólo sacrificar algo de nuestra libertad para adquirir mayor independencia a partir del momento en que la compulsión cesa.

Otro factor importante que contribuye a esclarecer el concepto de libertad positiva, es el riesgo que entraña para ésta, la ausencia de igualdad. Desde luego, libertad e igualdad no son sinónimos, pero tampoco son antitéticos como cree Lord Acton en su famosa «History», en la que llega a afirmar que «la pasión por la igualdad hace vana la esperanza de libertad», es cierto que los hombres pueden bajo un régimen despótico ser completamente iguales, y sin embargo no ser libres; pero la libertad y la igualdad se complementan.

Ahora bien, igualdad no significa identidad de trato. El hecho primario de la variedad de la naturaleza humana, la diferencia de capacidad hereditaria, y la educación social, son hechos ineludibles. Igualdad es tan sólo la afirmación que desde el punto de vista natural, no existe diferencias entre las exigencias de los hombres para cumplir sus fines. Significa que cada hombre debe ser tenido en cuenta, con respecto a las decisiones que le afectan.

Conclusión

La libertad como hemos visto no consiste en una entidad negativa, tal como la ausencia de coacción; es una positiva autodeterminación de la voluntad, que en cada uno de nosotros busca la realización del objetivo racional, que se encuentra detrás del diversificado caos de objetivos que existe en cada hombre, otorgándole un significado único. Esto quiere decir que deseamos la libertad, para llegar a ser los más perfectos posible. En definitiva como sostiene Maritain, la libertad e independencia más altas del hombre se ganan por la suprema realización espiritual de su dependencia, de su dependencia hacia un ser que siendo la Vida misma vivifica, y que siendo la Libertad misma, libera a todo lo que participa de su esencia. Por eso Santo Tomás escribe en la «Suma contra los Gentiles» comentando a San Pablo... por que los hijos de Dios son considerados libremente por el Espíritu de Dios, mediante el amor y servilmente por el temor: *«No habéis recibido un espíritu de servidumbre para permanecer aún en el temor, sino un espíritu de adopción en el cual clamamos: ¡¡ABBA!! ¡¡PADRE!!»*.

No olvidéis Señoras y Señores que Jesucristo en el que se cumplió la esperanza más grande de la Humanidad, abrió con su celeste doctrina horizontes infinitos a la idea de progreso y libertad, predi-

cando no sólo el amor para los hermanos y amigos, sino el amor entre todos los hombres y para los enemigos. Y para que esta doctrina de absoluta moral e infinito amor, fuera coronada con un ideal de progreso para toda la vida, añadió: «sed perfectos como nuestro Padre que está en los Cielos es perfecto»; y como nuestro Padre que está en los Cielos, es Verdad, Bondad, Hermosura, y Libertad perfecta, Jesucristo dió por primera vez a la Humanidad, como obligación moral y religiosa, el perfeccionamiento infinito y progresivo dentro de la Libertad del Padre, en cuanto es dable a la naturaleza humana. Y por eso yo que no soy de los afortunados que pasan por la vida sin recibir alguna dentellada en el alma, pero ya convaleciente de pasados quebrantos, con la integridad de mis convencimientos y teniendo al Cristianismo por la Religión de mi vida moral, y la Libertad por la doctrina de mi vida social, creo a pesar de que se haya intentado ungir con la idea cristiana la frente de todos los tiranos y legitimar la humillación de todos los esclavos, creo que Jesucristo abre al extender los brazos en la Cruz la nueva edad de la Justicia, del Derecho, de la Libertad y del Progreso, y que las gotas de su sangre caídas en nuestra conciencia, nos han dado ese anhelo de lo infinito, que es nuestro martirio y nuestra gloria, nuestro dolor, pero también el signo de nuestra inmensa grandeza.

He dicho.

